

DOMINGO IVRBI-OCTAVO.

EVANGELIO DEL DIA.

2. Luc. cap. 8. v. 22. 23.

El padre (esto es, san José) y la madre de Jesús, estaban admirados de las cosas que él se decía. También fingió á entrambos, y hijo á María su madre; mira, este niño que ves, está destinado para una y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción de los hombres. (Lo que se ve para ti misma una espada que te pasará la alma), á fin de que seas descubierta los pensamientos ocultos en los corazones de muchos. Vivia entonces una profeta llamada Ana, hija de Phanuel, de la tribu de Aser, que era ya de edad muy avanzada; y la cual, casada desde la flor de ella, vivió con su marido siete años, y habiéndose mantenido virgen hasta los ochenta y cuatro años, no saliendo del templo, y sirviendo en él día y noche con ayunos y oraciones. Esta pues, sobreviniendo á la misma hora, alabada y tratada al Señor, y hablada de él á todos los que esperaba la redención de Israel. Y María, cumplida todas las cosas ordenadas en la ley del Señor, regresaron á Galilea, á su ciudad de Nazaret. Y el niño iba creciendo y fortaleciéndose, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

Este infinito en todo lo que dice perfeccion, alejando á la vez que las ideas de este ser inmortal, todo lo que sea imperfecto ó defectuoso. De donde legítimamente se deduce, que solo correspondiendo al hombre averiguar, si Dios ha hablado y que es lo que ha dicho; y convencido que esté de lo que Dios ha manifestado; no le queda otro recurso que creerlo y ejecutar lo que haya ordenado, así es que padre agradecer al Señor. Que el hombre no le queda otro recurso que creer y obedecer, así tan claro, que por sí solo se demuestra. Dios es infinito, el hombre finito; cómo pues el hombre ha de saber tanto como Dios? Luego aquel que quiere creer lo que Dios ha revelado, no lo entienda ó comprenda bien: sobre no tener lo que se le revela de un modo imperceptible, y se le revela merced de los castigos que Dios tiene reservados para los soberbios y orgullosos. Así es, cristianos.

PLATICA XII.

DE DIOS UNO Y TRINO.

Que el hombre sepa que Dios es uno y trino, no le engañará, y luego saber cuál sea la verdadera voluntad de Dios, para descubrir sus razones, sino para obedecerle con confianza y como tal insalvable. Y esto es el fundamento de la religión que profesamos. Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa. S. Juan Epist. 1. cap. 5. v. 7. 8.

CATÓLICOS: Nada mas justo y razonable que creer lo que Dios nos ha revelado, porque como infinitamente sabio, todo lo sabe y no puede engañarse; y como infinitamente bueno, no podemos ser engañados por él, esto es, repugna á su infinita bondad el querer engañarnos. Así que; la razón, por sí sola, exige que creamos firmemente todo cuanto Dios nos diga, esceda ó no á nuestra capacidad ó entendimiento, y en esta sumisión, en este respeto, en esta creencia firme, está el mérito de la fe: mérito que si bien se reflexiona cuesta muy poco trabajo en adquirirse, toda vez que el hombre no se deje dominar de la soberbia.

Digo, mis amados, que es muy fácil conseguir este mérito, porque sin mas que reflexionar el hombre sobre sí mismo, se convencerá bien pronto de su pequeñez, y de que su talento es finito y limitado. Si partiendo de este íntimo convencimiento, se remonta este mismo hombre sobre la naturaleza y va á buscar á su Criador, hallará por todas partes abundantes datos, no para comprenderle como en sí es, sino para admi-

rarle infinito en todo lo que diga perfeccion, alejando á la vez que forma idea de este Ser inmenso, todo lo que sea imperfecto ó defectuoso. De donde legitimamente se deduce, que solo corresponde al hombre averiguar, si Dios ha hablado y qué es lo que ha dicho; y convencido que esté de lo que Dios ha manifestado; no le queda otro recurso que creerlo y ejecutar lo que haya ordenado, si es que quiere agradar al Señor. Que al hombre no le quede otro recurso que creer y obrar, es tan claro, que por sí solo se demuestra. Dios es infinito, el hombre finito ¿cómo pues el hombre ha de saber tanto como Dios? ¡Imposible! Luego aquel que quisiera igualarse con Dios en el saber; aquel que negara ó no quisiera creer lo que Dios ha revelado, solo porque no lo entiende ó comprende bien: sobre no tener fé, obraria de un modo impio é imprudente, y se haria merecedor de los castigos que Dios tiene reservados para los soberbios y orgullosos. Asi es, cristianos.

Que el hombre no crea á toda doctrina, es decir, que quiera que no le engañen, y desee saber cual sea la verdadera voluntad de Dios, no para escudriñar sus razones, sino para obrar conforme á ella; esto es muy justo, y como tal laudable. Y esto cabalmente es lo que hallamos los cristianos Católico-Apóstolico-Romanos en la religion que profesamos y solos nosotros podemos con razón gloriarnos de poseer tan gran bien; si solos nosotros podemos gloriarnos de saber y creer lo que Dios ha revelado, sin que ninguna duda nos quede de que lo que creemos es ciertísimo, porque nos consta que tal cual lo creemos, lo ha manifestado Dios. El órgano por donde lo sabemos, es la santa Iglesia Romana, y como tenemos tantas y tantas pruebas para saber que Dios la ha prometido su asistencia, para que jamas pueda engañarse en sus decisiones; de aquí es, que creyendo los artículos de la fé, principalmente como se contienen en el Credo, estamos seguros que agradamos á Dios, porque cumplimos con nuestro deber en materia de lo que se debe de creer. Nos dice nuestra santa madre Iglesia que creamos que Dios es uno en esencia, y trino en personas; nos manifiesta el cómo y cuándo Dios lo ha revelado, y nosotros así lo creemos. Creemos mas, y es, que no hay salvacion para el que así no lo crea, y esta creencia no es arbitraria sino que también lo ha revelado Dios. Ved ya descubierta la materia sobre que voy á hacer girar este discurso. La santa Iglesia nos enseña que Dios es uno y trino, porque Dios lo ha revelado: forzoso es, pues, al hombre creerlo así, si ha de salvarse. Está propuesto, etc.

¡A qué extravíos conduce al hombre la soberbia! ¡Cómo ciega al hombre su amor propio, cuando marcha solo por su capricho, y como fugitivo de la fé! Le sucede lo que á un ciego frenético que se escapara de su

guia, hallándose en tierra desconocida, escabrosa y rodeada de precipicio y despeñaderos. Del infeliz que tal hiciera ¿qué podria esperarse? Su ruina, su perdicion: pues así, así sucede á los que teniendo proporcion de formar parte de la Iglesia católica, quieren vivir fuera de ella, no dando crédito á su doctrina. Son ciegos, porque sin fé nada puede verse en orden á Dios como autor de la gracia; son frenéticos, porque sin fé no puede haber verdadera religion, y los hombres sin religion y sin fé son fieras indomables, perjudiciales á sus semejantes, y aun á sí mismos. Caminan por tierra desconocida, escabrosa y rodeada de precipicios y despeñaderos, porque tal es este mundo para el que no tiene fé; y como sin fé es imposible agradar á Dios, y ninguno pueda entrar en el cielo, sin haberle antes agradado en la tierra, siguese necesariamente, que su condenacion será eterna. ¿Qué mayor desgracia que esta? ¿Y por qué? Por ser soberbios; por haberse querido tener en mas que á Dios mismo; á quien han querido tomar razon de sus obras, y aclaracion de sus decretos y juicios. ¿Puede darse mayor crimen? ¿Qué mucho, que Dios, infinitamente justo, les castigue con tormentos eternos?

Pues tal será el término de tantos y tantos hereges, cismáticos y protestantes, que olvidados de los deberes del hombre para con su Creador, quieren tener una religion que se adapte á sus discursos, en vez de adaptar estos á lo que la religion enseña.

Lo chocante es, cristianos, que no hay, ni jamás ha habido, un herege que no haya tratado de apoyar su error en algun testo de la Sagrada Escritura. Lo mismo hacen los cismáticos, ó sean los que no quieren vivir bajo la obediencia de los legítimos pastores de la Iglesia romana, y otro tanto hacen también los protestantes, que se empeñan en sostener, que cada cual debe obrar segun lo que por sí solo aprenda y entienda que dicen las Sagradas Escrituras, sin atender á lo que la Iglesia mande y declare, pues á esta, dicen ellos, se le debe despreciar. ¿Puede darse, señores, mayor desatino? Que tal digeran los que ninguna nocion tuvieran de los fundamentos en que descansa la religion cristiana, seria menos repugnante, porque si solo habian oido hablar de esta santa religion como de paso, y no habian fijado su atencion como debieran, para reconocer su divinidad y abrazarla; seria, como he dicho, menos repugnante oírles decir, que á la Iglesia no debiera atenderse; pero que se espresen del indicado modo los que se jactan de haber leído las santas Escrituras, es bajo de un punto de vista admirable, aunque bajo de otro, no hay para que estrañarnos. Contradictorio parece lo que digo, y no es así.

Rescindiendo por un momento de lo que la fé nos enseña y atendien-

do solamente á lo que la razon dicta, es como parece admirable, que se den hombres dotados de talento y caigan sin embargo en los errores mas crasos, de que ni aun los mas ignorantes pueden disculparse. Asi sucede á los ingleses y á todos los que como ellos piensan en materia de religion. Se los observa de despejo y buen talento en asuntos de politica, de comercio, y de industria, y cuando pasamos á registrar y examinar su conducta religiosa, los hallamos mas atrasados que los salvajes, y no podemos menos de admirarnos, mientras que nos dejamos llevar de un impulso puramente natural, porque cuando atendemos á lo que Dios nos ha revelado y la santa Iglesia nos enseña, hallamos que este idiotismo, esta estupidez que se advierte en los impíos, es efecto necesario de su soberbia. «El soberbio y presumido es verdaderamente tonto; nos dice Dios (en los Prover., cap 21, v. XXIV), pues, arrebatado de la cólera cometé mil desatinos ó insolencias.» Y en el Eclesiástico, nos dice (1): «La reunion de los soberbios es incorregible; porque la planta del pecado se arraigará en ellos, sin que lo adviertan.» Asi que; un sencillo labrador de nuestras aldeas que, como fiel católico sabe lo que ha de creer, lo que ha de orar, lo que ha de obrar, y lo que ha de recibir, según y como lo enseña la santa Madre Iglesia, es mas ilustrado que los Lores y Milóres con toda la caterva de protestantes que haya en el mundo; porque todos estos juntos no tienen fé, no tienen luz; y estraviados como están, del camino que conduce á la gloria, no es posible que atinen con él; mientras que el sencillo labrador indicado, cree lo que debe creer, y la luz de la fé que le ilumina, le sirve á la vez de guia para que no tropiece, y via recta camine hasta llegar al término: feliz que el Señor nos deparó.

Ni creais, mis amados, que háy exageracion en lo que digo: nada de eso! Es la pura verdad. Oid sino el fundamento de sus errores, y juzgad despues vosotros. Dicen los protestantes, que cada cual es quien para interpretar á su modo las Escrituras, porque Dios á todos ilumina para que las entiendan segun deben entenderse; y obrando cada uno segun que entienda debe obrar, cumplé con quanto Dios puede exigir de él. Tales, señores, el principio de donde parten los protestantes en sus creencias religiosas. Juzgad ahora si puede darsé mayor desatino que este. Escusado es decir que tal principio es puramente arbitrario, y no esto solo; sino que se opone abiertamente á lo que Dios mismo tiene revelado. Pero aparte de esto, reflexionemos por un momento sobre ese mismo absurdo para convencernos mas y mas de la diferencia esencial que hay del hombre que tiene fé, y del que no la tiene.

(1) Cap. 3. v. XXX.

Por de pronto se echa de ver la imposibilidad que hay, para que tanto los hombres, como las mujeres cumplan todos con lo que el indicado principio supone que se ha de hacer; esto es, que cada cual interprete á su modo las Escrituras. Para interpretarlas cada uno en particular, es preciso que en particular las lea cada uno tambien: de donde se deduce que el que no sepa leer, no las podrá interpretar, y no leyéndolas, ni interpretándolas, mal podrá arreglar su conducta á las máximas que por sí mismo aprenda. Ahora bien: la mayor parte de hombres y mujeres no saben leer, habrá, pues, que decir, que la mayor parte del género humano está desobligado de obrar segun máximas religiosas, ó lo que es lo mismo, que no tiene obligacion á tener religion. La razon de esto, es porque Dios no manda cosas imposibles, y si cada uno ha de vivir segun que él mismo aprenda la Sagrada Escritura, el que no pueda leerla por sí mismo, no está obligado á obrar en materia de religion como otros obren, porque á cada uno inspira Dios como la ha de entender, segun la doctrina de los protestantes. ¿Puede darse, católicos, mayor locura?

Pues no son solos los indicados desatinos los que se desprenden del cardinal error enunciado; se siguen muchos mas. Supongamos que así hombres como mujeres y niños supieran todos leer, y que todos se dedicaran á interpretar las Sagradas Escrituras: ¿qué se seguiria de esto? Que cada uno la interpretaria á su modo, y de esta interpretacion resultaria estar ó no todos conformes en cómo se habia de entender. Para la conformidad, es preciso suponer en todos, así hombres, como mujeres y niños igual talento, igual penetracion ó ilustracion; ¿porqué si diferencia hubiera en estas cualidades, mal podrian dar un mismo resultado, á no ser que se recurra á que el Espíritu Santo á todos ilumina del mismo modo; pero esto de ningun modo puede admitirse, por quanto los mismos protestantes que leen las Escrituras, no están conformes en la inteligencia de muchos de los lugares de la Escritura santa, y esta divergencia prueba por sí sola, que no es el Espíritu Santo quien á cada uno ilumina, para que la entienda como debe entenderse. Digo, mis amados, que esto no puede suponerse, porque de suponerlo, equivaldria á afirmar que no habia Dios, y la existencia del Ser Supremo la reconocen y confiesan los protestantes. Que la enunciada hipótesis es equivalente á negar que hay Dios, se evidencia desde luego. Dios es infinitamente bueno, sabio, justo y poderoso, incapaz de engañarse y de engañarnos, amante del orden, y consecuente en sus determinaciones, pues, de todas estas perfecciones careceria, si á unos enseñara como bueno lo que á otros inspirara como malo, que es puntualmente lo que sucede á los in-

térpretes de la Sagrada Escritura, que desconocen la infabilidad de la Iglesia romana. De estas inspiraciones contrarias no podría resultar una religion constante y uniforme; habrían necesariamente de seguirse de esta divergencia de revelaciones, discordias, desórdenes, guerras de religion, cada cual sosteniendo su inspiracion respectiva; el causante de todos estos males sería, en su caso, Dios; pero un Dios que engaña, que se burla, que causa desórdenes, no puede darse; era, pues, forzoso confesar, en el caso supuesto, que no había Dios. ¿Pero y cómo decir esto, publicando como publican los cielos y la tierra la gloria de Dios? ¿Cómo negar la existencia del Criador confesando como confiesan los mismos protestantes que es el conjunto de todas las perfecciones? Si es el conjunto de todas las perfecciones, es infinitamente perfecto, si así es, excluye de sí toda imperfeccion; promover desórdenes y guerras es malo; no es pues Dios el que tales males causa; luego no es él el que á cada uno inspira cómo ha de entender las Escrituras, sino que tiene establecidas reglas fijas para que todos y cada uno sepamos lo que hemos de creer. Oigamos sobre esto al sábio señor de Mazo: «No contento el Señor, dice (1): con haber distinguido y señalado su divina revelacion con tan augustos é indelebles caracteres, estableció un tribunal permanente y perpétuo que defendiese y conservase siempre pura y entera esta divina revelacion, que forma el depósito sagrado de la fé. Este tribunal es la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, como la llama el mismo apóstol (2), la cual ha conservado siempre entero y puro este sagrado depósito, y le conservará hasta la consumacion de los siglos, gobernada y protegida por su divino esposo Jesucristo (3). Y á esta maestra de la verdad han acudido y acudirán siempre en sus dudas todos los cristianos que quierán librarse del error, y hallar la verdad.» Así es, mis amados.

Las cosas que Dios nos ha revelado las conocemos por medio de la santa Iglesia romana, que es unicamente á quien Dios ha hecho depositaria de su palabra, que es donde estriba nuestra fé. Así que, no es cada cual quien ha de interpretar la Santa Escritura, sino que á sola la Iglesia compete, por institucion del mismo Jesucristo, distinguir y apartar las verdaderas escrituras y tradiciones de las falsas, y señalar é interpretar el verdadero sentido de ellas, y por consiguiente á sola ella se ha de consultar en todas las cosas que pertenezcan á la fé y religion, pues que así es la voluntad del Señor, y se nos encarga espresamente en el Evangelio: «El que os escucha á vosotros, decía Jesucristo á sus discipulos de

(1) Fól. 31.

(2) 1.ª Tim. 3, 15.

(3) Matt. 28, 20.

quienes son sucesores los obispos, me escucha á mi (1), y el que desprecia á vosotros, á mí me desprecia. Y el que á mí me desprecia, desprecia á aquel que me ha enviado.» En otro lugar nos dice (2): «Si tu hermano pecare contra tí, ó cayere en alguna culpa, ve y corrígele estando á solas con él. Si te escucha, habrás ganado á tu hermano. Si no hiciere caso de tí, todavía válete de una ó dos personas, á fin, de que todo sea confirmado con la autoridad de dos ó tres testigos. Y sino los escuchare, díselo á la Iglesia. Pero si ni á la misma Iglesia oyere, ténlo como por gentil y publicano,» esto es, por hombre perdido, que vive sin Dios y sin ley.

He aquí, mis amados, el verdadero estado de los que no reconocen, acatan y respetan la autoridad de nuestra Santa Madre Iglesia; estado de perdicion, de ruina inevitable, de condenacion eterna. ¿Quién ha dicho esto? Jesucristo. ¿Quién es Jesucristo? El hijo de Dios vivo, que se hizo hombre por redimirnos y darnos ejemplo de vida. ¿De dónde nos consta que Jesucristo es hijo de Dios? De la Sagrada Escritura, que es la palabra de Dios escrita, y en este concepto nos lo manda creer la santa Iglesia. Nos manda mas, y es, que creamos todos los artículos de la fé, principalmente como se contienen en el Credo; porque en este hay tres (3) que no se espresan en los artículos, y son: *la santa Iglesia católica, la comunión de los santos y el perdón de los pecados*. Por lo demás, los artículos de la fé, no se distinguen del Credo sino en que el Credo está dispuesto en forma de confesion de fe, y por eso le rezamos siempre que queremos confesarla; y los artículos en forma de enseñanza, y por eso no los rezamos, sino que los aprendemos, para por medio de ellos dar noticia de Dios nuestro Señor, y de Jesucristo nuestro Redentor.

De aquí es, que todo fiel cristiano está obligado á saber cuando llega á tener uso de razon, que Dios es una cosa la mas escelente y admirable que se puede decir ni pensar: un Señor infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo, principio y fin de todas las cosas. Que Dios es un solo y simplicísimo Ser, y tres personas distintas, que son: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que el Padre es Dios: el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y no por eso son tres Dioses, sino uno solo verdadero; porque aunque las personas son distintas, no hay mas que una sola esencia, una sola naturaleza y por consiguiente un solo Dios. Ni puede ser de otro modo, esto es, no puede haber mas que un Dios, y de esta verdad eterna nos convence por sí sola la razon. ¿Quién hay que no conozca, que es abso-

(1) S. Luc., cap. 10, v. XVI.

(2) S. Mat., cap. 18, vv. XV, XVI y XVII.

(3) Maz., fol. 55.

lutamente imposible que existan dos entes ó seres infinitamente perfectos? Nadie; porque en la idea de Sumo ó absolutamente perfecto, va envuelta la de poseer todas las perfecciones en grado infinitivo, y una de ellas es, el ser sin igual en sabiduría, en poder y en todo cuanto diga perfeccion: por consiguiente es absolutamente imposible que se den dos seres infinitamente perfectos, y así es que no se dan, sino uno solo que es Dios.

La razon no podría salir de este conocimiento; pero ilustrada por la fé divina pasa adelante, y reconoce y adora á Dios trino y uno sin repugnancia de ninguna clase, en medio de ser «el Soberano Misterio de la Trinidad beatísima (1) el primero de todos los misterios y el fundamento de todos: el misterio de los misterios y el abismo de los abismos. Seria una temeridad, seria una locura en espresion de san Atanasio (*In illud: omnia mihi*), que el hombre que no alcanza á penetrar los seres que tiene á la vista, quisiese profundizar los abismos de Dios, y medir al inmenso. Bástanos saber que Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, nos le ha revelado. Pero así como es cierto, *continúa el Señor Mazo*, que no podemos comprender este profundísimo misterio, también lo es que debemos procurar, *con la mayor humildad, conocerle en lo posible para mas y mas admirarle y alabarle*. Oigamos, pues, ahora, mis amados, á nuestra Madre la Iglesia santa, y aprendamos bien lo que sobre este gran misterio nos enseña. Ella nos dice que el Padre no procede de nadie, sino que es la fuente y el origen de las otras dos divinas Personas. El Hijo no es hecho, sino engendrado por el Padre. Y el Espíritu Santo no es engendrado sino que procede del Padre y del Hijo como de un principio. No ha podido existir el padre sin conocerse, y conociéndose no ha podido menos de engendrar al Hijo, porque el Hijo se engendra con esta misma cognicion: así es que el hijo se llama por otro nombre Verbo del Padre, Sabiduría del Padre; el Padre y el Hijo no han podido existir sin amarse, y por lo mismo no han podido menos de producir al Espíritu Santo que es el término del amor recíproco de Padre é Hijo. El Hijo, como desde luego se advierte es consustancial al Padre, y el Espíritu Santo es consustancial á las otras dos divinas personas, de suerte que las tres, aunque distintas entre sí, pues el Padre no es el Hijo, ni el Hijo es el Padre, ni el Padre y el Hijo son el Espíritu Santo; no son mas que una sola sustancia, con un solo entendimiento y una sola voluntad, una esencia, una naturaleza sola, y por lo tanto un solo Dios verdadero. Ni puede decirse que el Padre es primero que el Hijo, ni que el Hijo es despues que el Padre, ni que el Espíritu Santo es primero ó despues que

(1) *Maz.*, fol. 59.

el Padre y el Hijo, porque las tres divinas personas son eternas y en la eternidad no hay antes ni despues; estos términos hacen relacion al tiempo, y en la eternidad no hay tiempo, esto es, no hay principio ni fin. Tampoco puede decirse que el Hijo es menor que el Padre, y el Padre mayor que el Hijo, y Padre é Hijo mayores que el Espíritu Santo: de estas palabras no podemos valernos, cuando hablamos de la Trinidad Santísima, en la que todo es uno, todo igual, todo eterno, sin que haya mas distincion que el Padre no ser el Hijo, ni Padre é Hijo ser Espíritu Santo: esto es, son tres personas distintas y un solo Dios verdadero. San Agustín con el ingenio y celo que tanto le distinguen, para dar una idea, en lo posible, de este inefable misterio, dice (1): «tres cosas hay cuando se ama algo: una es la persona que ama, otra el objeto amado, y la otra es el amor; porque cuando nada se ama, no hay amor, sino que el amor se da solamente cuando hay una cosa amada:» de modo, que aun en nosotros mismos observamos, como con tanto acierto indica el espresado Santo, tres cosas realmente distintas que no tienen mas que un origen.

Lo cierto es, mis amados, que «Este es el gran misterio (2) que la Iglesia invoca y glorifica continuamente en sus oraciones, en sus sacramentos, en sus sacrificios y en todas sus practicas piadosas. Si bautiza, si confirma, si absuelve, si ordena, todo lo hace en nombre de la Santísima Trinidad. Apenas hay salmo, oracion, ceremonia ó acto de religion que no concluya con este divino verso: *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre* y en todos los siglos de los siglos. Amen. Del mismo modo los fieles confiesan y glorifican á la santísima Trinidad en todos sus ejercicios cristianos. Cuando se signan, confiesan en las tres cruces el misterio de la santísima Trinidad: cuando se santiguan, la invocan; y cuando rezan, concluyen sus oraciones diciendo: *Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, ahora y siempre* y por todos los siglos de los siglos. Amen. Y ¿qué práctica puede haber mas justa, mas santa, mas divina?» Ninguna ciertamente. El mismo Jesucristo al mandar á sus discipulos (3) que instruyeran á todas las gentes en el camino de la salud, les dijo espresamente, que las bautizaran en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. No dijo en los nombres, sino en el nombre, denotando de este modo que Dios es uno, aunque las personas son distintas. Así nos lo enseña la santa Iglesia, y así debemos creerlo. ¿Y cómo nos ha de enseñar otra cosa, ni nosotros dejar de

(1) *De Trin. lib. 9, cap. 2, n. 2.*

(2) *Maz.*, 41.

(3) *S. Mat.*, cap. 28, v. XIX.